

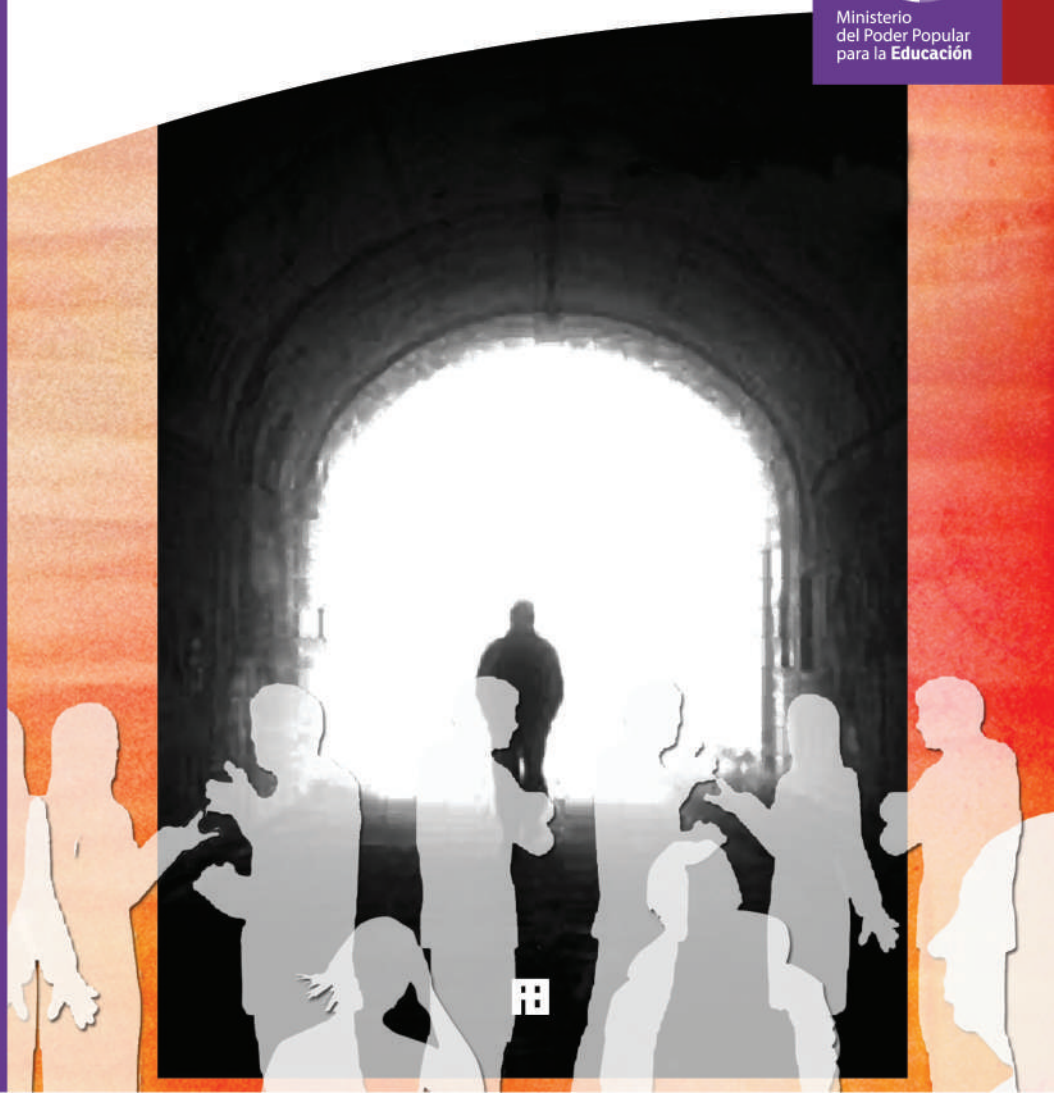
COLECCIÓN
ORLANDO ARAUJO

Amable Fernández

CONVERSA DE VELORIOS



Ministerio
del Poder Popular
para la Educación



Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Tareck El Aissami

Vicepresidente Ejecutivo de la República Bolivariana de Venezuela

Elías Jaua

Vicepresidente para el Área Social

Ministro del Poder Popular para la Educación

Junta Administradora del Ipasme

Marisela A. Bermúdez B.

Presidenta

Pedro Germán Díaz

Vicepresidente

Elkis A. Polanco G.

Secretario

Fondo Editorial Ipasme

Federico J. Melo S.

Presidente



Amable Fernández

CONVERSA DE VELORIOS

Conversa de velorios

© Amable Fernández

Primera edición

© Fondo Editorial Ipasme

Caracas, 2017

Depósito Legal: lf65120158001619

ISBN: 978-980-401-238-9

Diseño y diagramación: María Carolina Varela

Fondo Editorial Ipasme:

Locales Ipasme, final calle Chile con Av. Presidente Medina

Urbanización Las Acacias. Municipio Bolivariano Libertador, Caracas

Distrito Capital, República Bolivariana de Venezuela

Apartado Postal: 1040

Teléfonos: +58 (212) 634 54 45 / 634 54 53 / 634 54 56

Se autoriza la reproducción total o parcial de la presente obra,
siempre que se señale la fuente original.

Retorno a la inexistencia

A Sebastián y Santiago
mis nietos.

No te miento cuando afirmo que aunque lo dudes o sospeches de mi sinceridad comprendo como nadie tus divagaciones... Intento sin embargo descifrar el significado de tus palabras, sobre todo cuando dices que en ti perdura algo ajeno: ¿Crees de veras que algo no tuyo se desprende de ti y de hecho te sientes como una hoja dando volteretas en el aire? Ah, y tampoco sabes si ese algo inexplicable que en ti se aposenta o te envuelve como costra helada o armadura de hierro, pretende encubrir o anular lo que no eres...

¿Será una maniobra del destino para tachar lo mejor de mí?, preguntaste.

No sé, respondí; quizás no seas nunca más lo que ahora eres.

Supones mal, me aclaraste; y aunque me palpo y me toco no sé si soy el que aparece borroso en mis recuerdos.

¿Y cuál es entonces tu mortificación? argüí yo, ¿quién está seguro de no desconocerse? ¿Cuántos, que tú y

yo podamos asegurar con precisión, se conocen? ¿No andamos muchos –quizás todos– en el traje ajeno, resguardados en la piel del prójimo, pensando en lo que otros ya han repensado u olvidado? ¿No sigue la mitad del mundo imitando a la otra mitad? Y lo peor es que imitamos a quienes nos remedan. ¿O cuánto farsante se encubre en un seudónimo?

Insisto: A muchos nos parece un simple alarde la desvergüenza de seguir haciendo el papel más despreciable, el de creernos buenos actores, y como pensamos que los demás no se dan cuenta pasamos la vida entera representando la más temida de las farsas, ser quienes siempre hemos sido...

También sé que con el paso de los días te has ido olvidando de ti mismo (los peces ciegos –al perderse en el fondo de las algas, has dicho– dejan de sentir la dureza cortante de los arrecifes, pero, su instinto de supervivencia los hace buscar la rugosidad de las piedras) ¿verdad? Entonces, haz como los peces. Y si yo he escuchado tus consejos, oye tú mis sugerencias: Déjate borrar desde ya en ese cauce de temprano olvido, similar –según afirmas– a ese palabreo del agua que se borra en el murmullo de las acequias. Tal vez no sea todo sino la semejanza de una revelación sagrada, el desenlace de un acertijo que tu memoria rebelde se niega a develar. Porque, siempre has hablado de una tregua entre la amnesia y la cordura. No sé cómo sería eso, pero sí, pudiera ser...

Deja de ser entonces lo que no has sido. Eso es indispensable.

Permite que esa semejanza de amnesia te sumerja en el regreso que ansías. Ten prudencia: no sigas creyendo que eres la caricatura de un fantasma o un duende perdido en el sortilegio de algún hechizo. De todos modos la leyenda dirá que –guiado por el ulular de la ventisca– tardaste un siglo en atravesar el laberinto de la niebla, y los que reniegan de ti afirman que tus andanzas quedaron para entretenimiento de los vagabundos. Como prueba de tu extravío aseguran que oyeron cuando decías: «Delante de mis ojos estos caminos parecen culebras disecadas; la cara de las peñas y el perfil de las rocas imitan mi rostro; y la mitad de este valle es una ciénaga, y en la charca borrosa de la neblina los árboles se hunden como crucifijos resecos y ahumados».

Dicen que hablaste solo durante todo el camino. Cuando atravesabas aquellos parajes donde las trochas se bifurcan, entre túneles ensombrecidos por ramajes, yerba, helechos y bejucos oíste resonar tu voz. Detuviste el caballo y, en silencio, escuchaste el remedo de otras voces (por eso pensaste que aún estabas en la noche anterior, pues ya habías tenido el mismo sueño). Sin embargo te sorprendió descubrir que aquel eco no remedaba tus palabras, sino que un perro te ladraba al pasar.

Casi una pesadilla cómica ¿no?

Sin embargo, de pronto, como si hubiese aguardado entre los matorrales, detrás de tu caballo comenzó a reunirse un gentío que murmuraba, rezaba o conversaba sobre ti, de tu presente, de tu ayer, de tus días más remotos. El enredo fue mayúsculo cuando viste

que muchas personas aparecían de repente y se unían a aquella turba cada vez más numerosa, como enardecida, sin saber si te seguían o te perseguían, si eran fugitivos y también te acompañaban al destierro.

«Voy de regreso» les dijiste. Insistieron sin embargo en saber tu rumbo: La niebla los había atrapado en aquellos matorrales y se consideraban perdidos en aquellas trochas, entre el barro y la neblina. Comentaron que un eco burlón les dijo que el dios de los caminos sería un jinete insomne montado en un caballo ciego.

Tus palabras coinciden con la versión de los arrieros. Uno contó que no habías olvidado la ruta sino que (al mirar el filo de las cumbres) confundiste el espinazo de los montes con el lomo de tu caballo.

«Sobre aquellas colinas» agregó, «el sol le alumbró los atajos. Iba solo, hablando recio, casi a gritos, como si un moribundo recitara su última plegaria o un loco se despidiera del mundo». Recordó con claridad que te habías despedido del selvaje nébulo. Que insultaste los callejones del frío porque tu caballo había perdido una herradura y cojeaba al andar. Aquellas pisadas sin rima remedaban tus pálpitos y tu corazón brincoteaba como un reloj destartalado.

¿Ves ahora la certeza del rumor?

Aquel arriero, a quien le pregunté sobre tu paradero, sin ocultar resentimientos o rencores contra ti te describió con saña: Sí señor, me dijo, lo vi cuando trastumbaba los barbechos de trigo. A ratos hablaba, o cantu-

reaba entre gemidos. Un ser tan simio, él, iba cargado de amuletos, de aquel medallaje, y como talismán o condecoraciones llevaba collares en el pescuezo, y un alacrán vivo le colgaba del pecho. «Las abrumaciones le estiran los sufrires, los sufrimientos le llevan al desquite, el desquite al desafío, el reto a la osadía; o sea, ¿qué otra valentía puede haber en él?»

Juró que ibas de la amistad a la discordia, de la audacia a la perplejidad, de la calma a la pelea. Convierte cada triunfo en una fiesta –comentó–, y obliga al enemigo a celebrar la derrota.

¿Cuántas veces, embriagado de triunfo firmaste salvoconductos a verdaderos rufianes, patentes de corso a esquiladores de oficio? ¿A cuántos autorizaste para buscar minas y se dedicaron al asalto? ¿Cuántos contrabandistas quisieron ser soldados y los fusilaste? Era tu debilidad... Si un lugarteniente te obsequiaba un caballo tú le regalabas un pueblo. Bailar te emborrachaba más que el licor, y por una mujer hermosa te enredabas en rencillas y querellas.

Era su ley, comentó el arriero.

En un litigio pasabas de la medida a la temeridad, y a ojos cerrados –ciego de rabia– te enfrentabas a todo y a todos, incluso a ti mismo. Porque en ti siempre estuvo al acecho la cuchillada del temperamento... Cuando la sobriedad te serenaba, al leve rasguño de una palabra (siendo como fuiste, muy susceptible al qué dirán) tu alma brincaba de furia. Aún dicen que la ebriedad del ego, sin ser egoísta, te ardía en la sangre con furor ani-

mal. Del reposo, a la ira, ibas como un niño corre detrás de una mariposa. Era cuando te convertías en tu peor enemigo... «Pero perdía siempre» agregó otro soldado, «ya que nadie, tampoco él, podía controlar la ferocidad de su furia».

¿La bestia en el ángel...?

Quizá. Un ser limitado por cortedades, defectos y languideces, ¿cómo no ser impredecible? Uno que otro fiasco, alguna vez, te hizo perder los estribos, hasta dejarte dominar por la barbarie y, como pago a tus tropas, decían, concedías cuatro horas de saqueo, con todo y defenestraciones...

Recuerdo ahora la voz resuelta de otro arriero que en realidad era un desertor de tu regimiento y que en fragmentos dislocados contó aquí un trecho de tu ida: «Atravesó aprisa la neblina del pasado porque un guerrero errante no puede quedarse en la caverna del olvido. Y por aquí pasó, al trote orgulloso de su caballo negro. Iba sucio de botas a quepis, con el polvo como uniforme y una rama en cada hombro, como charreterras. Lo vi. Era él. Aunque la mugre parecía una pátina de herrumbre, una costra recubriendo su casaca, como si la vergüenza tapara su amor propio para encubrirle los fracasos en el campo de batalla».

Aquel mismo soldado confirmó haberte escuchado decir que tu espada no era una obra de orfebrería sino una reliquia de la victoria. En ella hay dibujos de orlas continuas o arabescos de alto relieve que parecen tus cicatrices grabadas con buril de diamante sobre el

acero filoso de la hoja. En una de las caras se ve una serpiente aplastada por la caballería y los carruajes que te derrotaron. Ya el arriero nos había contado que tampoco advertiste que en aquella arma de guerrero –otorgada como tributo de sumisión por las hordas rendidas a tus pies– los hechiceros vencidos habían conjurado tu poder con la fuerza de sus ancestros.

Quizá la conformidad lo hizo claudicar, comentó el soldado.

Es verdad, confirmó el arriero, pues habías vencido a todos, menos al destino, aunque habías asegurado que en la vaina de esa espada (en el adorno de su envoltura, tapados por el relumbre del oro y las pedrerías, como agazapados y al acecho) estaban los rostros de los dioses que en sortilegio, como a un ángel maldito, te condujeron alucinado hacia el fracaso.

Por eso lloras, de impotencia. ¿O no sabes que la saliva engaña la sed y el llanto llena el pozo seco de los ojos? Piensa: ¿Será que tus lágrimas me desfiguran tanto que termino pareciéndome a tu mueca, a esa torcedura llena de arrugas donde, por contraste, se estira el perfil de alguien tan amorfo como un feto? Porque, tal vez no existo en tu recuerdo o mi imagen en tu memoria es tan atroz que retuerce tu mueca –como si desde el destierro un dolor te hurgara la memoria y eso te doliera.

¿Por qué no aceptas la verdad...? A lo mejor no ocurrió como supones, y no digas que la dureza de la sequía es una crueldad del verano.

...Así interpretan otros lo ocurrido. Alguien juró que por donde pasabas la tierra se chamuscaba de erosión. Pero, ¿no sucede igual con la pátina de las esculturas públicas? Según sea la intensidad o el fragor de la intemperie, como una mancha, ese moho verde sobre las estatuas hace desleír las figuras de bronce; luego todos olvidan al personaje, a quien –como a ti– en la oscuridad de las noches una costra de sombra te tacha y te oxida. De día, sin embargo, al alumbrar el sol, todo resucita, porque la penumbra se desvanece. Pero, como la luz encandila, los rostros de bronce se desfiguran y... Opino entonces que, para preservar tu reputación, sería preferible que la oscuridad también se olvidara de ti (debajo del sol, héroes e ilustres se parecen tanto unos a otros que terminan confundándose con los grises que les rinden culto y admiración). Eso iguala a los seres de mármol y bronce con la gente común y anónima que pasa junto a ellos, desteñidos también en la incógnita de las multitudes sin rostro. ¿O acaso no has visto cómo, cada cual busca parecerse a las estatuas? Por supuesto, como esa pretensión es general, al disimularla, unos y otros nos reflejamos en la mirada ajena, donde queremos esconder los ojos, como ahora te sucede –y los más audaces te ponen encima un alias o apodo... Porque el olvido oculta. Pero al ocultarnos en la mirada ajena aseguramos nuestra permanencia en otros recuerdos: A veces, en la memoria de nuestros ojos no queda lugar para nosotros mismos. Dime si me equivoco. ¿Nos pasa o no como a los héroes? Aunque a ti te apodan prohombre, y cualquier día te dirán pronombre, sustantivo, verbo. Sé de ilustres que sólo han servido para adornar altares, monumentos, plazas,

parques, arcos y plazoletas. ¿No llaman glorieta donde honran tu gloria?

¿Me entiendes o exagero?

Sé que un día te veré en cualquier plazoleta. Resaltará tu bronce sobre las flores y el verdor de los céspedes. Tu elevada figura parecerá una torre incomprensible y nadie se acordará qué atrocidad cometiste para que te castigaran así –porque muchos confunden hazaña con estupidez.

Más triste es el papel de los pedestales: cuando elevan a alguien dan la impresión de que lo colocan muy alto para que todos se mofen de él.

¿Absurdo...?

Sí, lo es, ya que cada cual, al verte elevado sueña con suplantarte. Por eso estoy de acuerdo cuando dices que vivir en el contraste es lo único que nos equilibra. Algo semejante ocurre cuando terminamos un largo viaje e intentamos revisar mentalmente el recorrido: Notamos enseguida que nuestras huellas se devuelven solas, que cambian de lugar como si otros pies las extraviaran, o huyeran de nuestras pisadas porque los caminos han cambiado su rumbo. Luego, tras mucho ir y venir nos percatamos que en el camino no hay testimonio de nuestros pasos. Después, un día inesperado, alguien nos dirá «oye, te vi en tal sitio» (donde nunca estuvimos) y por contraste, en los lugares que más frecuentemos nadie se acordará de nosotros.

Si evitaras el azar del sufrimiento...

Mi primera recomendación es que te resignes. ¿Qué hace un labriego ante la sequía? La observa, para combatirla, pues sabe que la erosión conlleva al olvido y que la desmemoria es una batalla perdida. Sé que tu memoria es como una cabuya llena de nudos. ¿O todavía hay niebla en tu camino? ¿No es más triste y complicado sostener que te desconoces, que aún no sabes si te conoces?

No es fácil entenderte... Tampoco estás seguro de que vuelvas a reconocerte. Sé que te sientes como uno de esos testigos a quienes interroga la Policía y –mediante la pericia de un dibujante– descifra rasgos, fisonomías, perfiles; luego, como si reconstruyeras un sueño, las líneas, rayas y borrones del dibujante se transforman en tu retrato.

Tu rostro, después de traspasar la barrera de polvo de los caminos parece una máscara antigua labrada por artífices u orfebres. Tanta tierra suelta será impedimento para reconocer las huellas que tu caballo haya dejado a lo ancho y largo del camino. En estos atajos, incrustadas entre las piedras, los arrieros afirmaron haber visto medallas con tu rostro implacable lleno de barro. De testimonio mostraron un estribo de bronce y dos espuelas de plata, hallados junto a tu lanza rota, puesta en cruz sobre tu propio escudo. Después dijeron que –como los sellos de un rey– las herraduras de tu caballo habían dejado su marca en el camino. Pero, los mismos soldados aseguraron que las huellas no eran de alguien que volvía, sino de un jinete que ya nunca jamás tendría regreso.

Evítalo entonces...

Devuélvete a tus recuerdos, como si fueras un viejo buque perdido en los zaguanes del océano. Y si dices que a veces has sentido que flotas en el vaho adormecedor de una borrachera, tendrás que desandar tus propios pasos y dejar tu huella sobre el oleaje (para cuando regreses del delirio), pues en sus profundidades el mar esconde desfiladeros y barrancos. Evita zozobrar, el naufragio. Imagínate que vienes llegando de una isla oculta en lugares sin trochas ni senderos, sitios sin descubrir aún, caminos primitivos borrados hoy por la vegetación del olvido o tupidos por los matorrales de la arqueología.

Por eso, cuando encuentres una isla en el archipiélago de tu desmemoria, quédate allá, donde por ser un desconocido serás todo un personaje.

¿Te imaginas, tú solo en pedestales?

El escondrijo perfecto.

Y bruñido por los destellos del sol soportarás la inclemencia de tantas miradas. Y si la intemperie te vence nadie notará que esa ha sido tu única derrota verdadera...

Claro, no quiero que sufras al recordarte. Sé que te desconoces hasta en los ojos ajenos donde tu imagen se deforma como si un lápiz te tachara o atravesaras un laberinto de telaraña. ¿No has dicho que en sueños las paredes se llenan de córneas y pupilas reseca y en la penumbra de tu imaginación te ves transitando por un pasadizo de insomnio lleno de oquedades donde te

distraes hasta la vigilia y te fastidias hasta el desvelo? Te imagino asomado a esas oquedades donde dices que tu cara semeja antiguos escudos de latón envejecido, donde los buriles o las navajas han repujado tanto que tu fisonomía parece una moneda falsa.

Sabes que soy incapaz de mentirte. No obstante quiero que sepas que tampoco me has convencido por completo, como para aceptar todas tus versiones, aunque me asegures que como una rata el miedo roe tu vieja valentía, aquel arrojo, ¿te acuerdas?

La leyenda dice que con audacia de suicida te lanzabas al campo de batalla, y que a la guerra ibas dormido. Me cuesta creer la explicación que das sobre aquel impulso extraño, porque desde tu adentro otro ser te empujaba al combate. Arrieros y soldados han pintado tu historia, hasta fabularla. Que enfrentabas los regimientos como un ángel exterminador. Algunos de ellos combatieron bajo tu mando, y han dicho que en plena lucha te dominaba la ira, y que enardecido por la epilepsia te orinabas antes de perder el sentido. No están seguros si te desmayabas, pero sobre tu caballo negro te vieron quedar absorto, ido de la realidad, sin noción de cuanto estaba ocurriendo.

Tampoco le he creído a uno de tu tropa que todavía pregona y jura haber visto cuando el filo de tu espada echaba chispas.

Ahora me dices que tu verdadera hazaña fue desmayarte cuando tus guerreros rústicos e indomables arrasaban con el enemigo.

¿Pero a quién no le asombra escuchar que un jefe entra en trance y delirando sobre un caballo quieto dirige una batalla? Que afectado por aquel desdoblamiento (el mal de los impredecibles) te estremecías al escuchar cómo sonaban los filos al quebrar los cráneos, al tasajear los cuellos, al tumbar los brazos, al cortar las piernas, al desgarrar los pechos. ¿Cuántos no afirman que al enterarte de aquella matanza lloraste a gritos? Impresionados, los enemigos lloraron también y, desesperados o por lástima, arrojaron sus armas y se dedicaron a cantarte una canción de cuna. Noble gesto del contrincante: Ayudarte a despertar, a que sacaras de tu memoria aquel mal sueño.

Y es que ya se decía que los espejos retrocedían ante tu presencia, aunque he visto que cuando te acercas a los cristales es tu imagen la que huye de ti. ¿Será por eso que ya has olvidado también a los espejos, porque rechazas la idea de ser una alucinación atrapada más allá de los vitrales?

Desde entonces te nació esa aversión por las vidrieras. No se me olvida tampoco aquel anochecer lluvioso cuando –casi en una arremetida de guerrero, por un impulso de locura, con tu viejo sable– lanzabas cuchilladas a la lluvia, y enloquecido gritabas ¡ayúdenme a despedazar esta enorme vidriera!

Ya habías comenzado a desconfiar de los cristales: recelabas de los reflejos y eludías los vitrales. ¿O no recuerdas cuando llevamos a enmarcar tu retrato ecuestre Mi insólito corcel que tardé ocho años pintándolo? Pues, mientras el marquetero revisaba o medía el cuadro te señalé un vidrio grande que estaba recostado de la tapia. Desde el rincón donde estábamos parados

podíamos ver los transeúntes que pasaban frente a la marquetería y seguían calle abajo. Muchos se fijaban en nosotros, especialmente en ti, a través del gran vidrio que, de improviso, cuando te asomaste a la puerta para saludarlos, estalló en pedazos y nos borró a todos.

Sí, seguro lo has olvidado...

Más tarde vino el marquetero con dos soldados a decirme nos vamos a llevar la estatua. Y la estatua eras tú, que estabas tieso de asombro por el estallido del cristal. ¿Eres el autor de la escultura? me preguntaron, y que qué hacía aquel jinete allí adentro. «¿Ese caballo reventó el espejo?» indagó el marquetero –y es que todos te confundieron con tu propia estatua y le atribuyeron vida al retrato ecuestre.

Insólito me pareció que los soldados cargaran al marquetero y escucharles decir que en mi cuadro no estabas tú a caballo, sino un cadáver sin rostro. Lo cierto fue que, una hora después, volvieron los soldados para informarte que el enemigo estaba en capilla ardiente, vestido con tu uniforme y luciendo en el ataúd tus medallas y las pedrerías de tu viejo sable.

Por eso los arrieros aseguraban haber visto pasar un jinete entre la neblina. Pero tú no te arriesgas al engaño, y ya no te asomas a los sucios espejos de las charcas, porque temes que el estallido de aquel vidrio te desfigure el rostro.

De allí tus pesadillas, comenté: Tal vez no te asomas porque, así como el granizo al caer se diluye enseguida, te lo

aseguro, te apuesto cuanto quieras, que –advertido por una íntima convicción, en lo más difuso de alguna charca– descubrirás la sensación tardía de no tener rostro...

“Toda cara tiene dos monedas” respondiste. Enseguida te escuché resumir el tercer episodio de tu leyenda: En uno de los combates alguien te desfiguró la cara al suponer que descabezaba a un ángel. Luego, estremecido por el pánico más primitivo (el miedo de no existir, como quien se ahoga) tuviste miedo de no volver a reflejarte en los espejos; ¿cómo harás ahora para averiguar quién eres? Eso me angustia, porque si no sabes quién eres tampoco me recuerdas.

«Busco una cara de dos monedas» dijiste en broma, pero cuando acudimos al anticuario temblaste asustado porque en el archivo encontraste un pergamino carcomido por las ratas. Todo fue un desconcierto: tu llanto, tu pánico, tu ataque de epilepsia. En medio del trance soñaste que eras una escultura de cuarzo, que tus huesos –lo más sólido de tu fragilidad– eran figuritas de vidrio halladas en un horno crematorio. Para colmo de colmos, en la mitad de la pesadilla despertaste diciendo que los museos veneran esqueletos de bronce, mármol y arcilla, que las lápidas son la máscara de las tumbas, que la historia es ósea pero se pulveriza en los sepulcros.

Por eso es que te suplico que recapacites, y si ahora lo confundes todo y crees que tu imagen es un reflejo tornasolado que –como aceite en el agua– semeja el resañar de la luna sobre el limo de una charca (frase tuya por cierto) entonces ya, por favor, hazme caso, aún es tiempo, desiste, deja de llamar caballo a la bicicleta y resígnate a la demencia.

Cenegal

A David Figueroa
Alirio Liscano
Yoni Osorio

La gente no escucha cuando presiente lo que no sabe. ¿Cómo era posible que su hija desapareciera en plena noche y a nadie le importara si se perdió o se la robaron? Anocheció y no amaneció, me susurró llorando... Pero, señora (contesté de inmediato), no es justo lo que dice; su tono me acusa sin saber yo nada de lo que usted habla, y no soy adivino... Es que (bajó la voz), íngrima y sola, desde medianoche salió a pedir ayuda a los poblecinos, ¿no había recorrido calle arriba y calle abajo hasta que la detuvo el agotamiento? Ah, y que la perdonara por favor, que yo tenía razón, que le disculpara la grosería de molestarme a aquella hora tan incómoda, ¿o no era demasiado temprano para que ella andara quitándole el sueño a las personas decentes?

No hay de qué, le respondí. Usted sabe que yo siempre madrugo –a las cinco ya estaba levantado–, y a esa hora escuché sus gritos, pero no me asomé a la calle hasta que usted golpeó el portón y... ¡Discúlpeme la molestia, maestro!, rogó la dama, soy la madre de la impura, usted sabe, la niña que abandonó la escuela. Ella se esfumó ayer noche; perdone que lo haya sacado de la cama a esta hora; vine a avisarle para que me oriente;

no sé cómo ni cuándo desapareció; yo creí que se había escondido dentro de la casa, para asustarme, porque desde chiquita mi niña siempre ha sido muy traviesa y juguetona, y varias madrugadas la encontré deambulando por la casa, hablando cosas extrañas...

Trató de estirar las explicaciones pero le faltaron palabras idóneas. Entonces recurrió a muecas, manotazos, gesticulaciones... De todo me alarmó su llanto. Cada frase se le quebraba en sollozos. Fue anoche maestro, insistió; estuvimos ocupadas hasta muy tarde; como a las once dejamos preparadas las piezas de barro que hornearíamos al amanecer; recuerdo que con mucho apuro acomodamos la leña, comimos algo y nos acostamos con la idea de mañanear a nuestra tarea; por eso, casi a las cuatro fui a despertarla y no estaba en su cama ni en el cuarto del horno; salí a buscarla en el vecindario; sin embargo, como todavía era de noche para tocar puertas y preguntar, preferí esperar hasta que amaneciera; pero no soporté la angustia, porque como no estaba durmiendo presentí que alguna cosa mala le había pasado; y no digo que se la tragó la tierra ni se esfumó en el aire, pero es como si se hubiera vuelto invisible...

Conmovido, viendo su desesperación, acudí a la lógica... Busqué mi abrigo, me puse el sombrero y recorrí la aldea alertando a mis vecinos. En media hora nos juntamos varios voluntarios. Con cinco sabuesos, a las seis en punto, salimos a... La madre vino con nosotros. Pasando el puente volvió a decirnos que todo había sucedido después de haber traído ambas la leña para hornear las imágenes y vasijas que ellas fabrican con greda.

En el camino al cenegal nos alcanzaron otros pobleci-
nos. En grupos de a tres recorrimos el bosque, desde
el piedemonte hasta el pantano. Agobiado por la fati-
ga, llegando a los tremedales, uno de los rastreadores
abandonó la búsqueda (otro más y un policía lo siguie-
ron sin hacer comentarios). En el afán de encontrarla
algunos esconden el deseo de no hallarla, murmuró el
dueño de los perros...

Pobre impura, susurré.

Impura le decían por su risa impura, porque a los imbé-
ciles e introvertidos les molestaba la estridente manera
con que ella expresaba sus júbilos y alegrías.

Cuando río no escondo los dientes, decía.

Esa niña muerde con la risa, comentaba la gente; por-
que su jolgorio hiere, deshonra, ofende. Ésa es su má-
cula, su peor resabio. Cuando suelta su estridencia
diabólica nos mira burlonamente, y desde chiquita se
maquilla, se saca las cejas, se pone colorete como pa-
yasa y con los creyones se pinta los labios y las uñas;
¿no dice la mamá que desde niña le dañaba la ropa
para disfrazarse de muñeca?

La desprecian, dijo la madre, y sé que la odian... En
realidad era divertida, juguetona, algo coqueta para
su edad; una de esas colegialas de carcajada fácil, bro-
mista, dicharachera, festiva. Claro que, aunque en la
frialidad triste de estos montes pocos entienden que la
infancia y la adolescencia son las etapas más risueñas
de la vida, también es verdad que la impura exageraba;

pero en ella la alegría era un encanto, un canto de alegría que –según decían los necios– le servía como excusa para reírse en la cara de todo el mundo; ¿o no bastaba su mirada para que uno se sintiera ridículo? Por eso llamaba animalitos farsantes a los monstruosos dragones que ella hacía con la arcilla de la ciénaga.

Hablo así porque fui su maestro de Primaria, y sé bien que algunos lugareños y condiscípulos le tenían fobia por malcriada e irreverente. De hecho le criticaban el peinado, los vestidos, hasta el modo de caminar: Que si anda erguida como el asta de la bandera, que camina como si no pisara el suelo, que quien le mire los ojos tiembla o se enardece...

Y mientras su *impureza* alimentaba el chisme, según la madre, la maledicencia prójima moldeaba capítulos perversos de una historia donde sólo faltaban raptos, posesiones, aquelarres e histerias. En el bisbiseo del rumor se encubrían las pequeñas envidias y las adultas morbosidades: ya la impura tenía quince años, era alfarera y parecía esquivar a la gente –de hecho salía poco y cuando subía al pantano se iba por la orilla del río. Sólo que, ahora, su repentina desaparición había alterado la vida monótona de la comarca. Y cuando por fin apareció su estampa, aquella tarde del jueves, muchos dijeron que la niña había huído de estos montes, aburrida de ver siempre las mismas caras, de remedar los mismos gestos, de escuchar los cuchicheos de quienes vivimos guardando secretos. Incluso hubo quienes sin pensarlo dos veces dijeron a quemarropa que –para llamar la atención de tanto hipócrita e indiferente– ella había escondido estratégicamente su retrato antes de “extraviarse” montaña adentro.

Ya verán que pronto sale de su escondite a burlarse de nosotros, decían algunos parroquianos...

Ojalá que así suceda, le dije a la madre, pues vivimos alejados del mundo: Estas regiones de intrincada altura y abismos profundos son elevaciones geológicas que se alejan del mar y rozan el cielo –quizás por eso es muy difícil saber lo bueno o malo que piensa la gente, o si es bueno o malo que la gente diga lo que piensa sin pensar lo que dice.

Eso es verdad, maestro, comentó la madre: Mi niña dice que en esta comarca de montunos pasan cosas que se las traga el silencio... Por eso le confiaré esto, maestro: Una noche escuché ruidos y, como tengo el sueño liviano, me levanté a revisar la casa. Fui al cuarto de la niña y no estaba en su cama, entré al baño y nada, me asomé por la ventana y vi que el triciclo de ella daba vueltas en el patio; pero nadie lo montaba... Del susto me vestí para salir a buscarla, y cuando abrí el portón oí rodar el triciclo en el cuarto del horno. Corrí a ver y, sí, allí sí estaba ella, sin el triciclo, claro... Ese día por cierto ella horneó catorce animales fantásticos y como apodo les puso montunos credulones...

Sin embargo, hasta el miércoles no habíamos tenido éxito.

Durante dos días interminables le seguimos la huella. Cuando penetramos la montaña con los perros de presa, descubrí que los sabuesos olfatean y gruñen cuando pierden el rastro. Pero el jueves, cuando menos lo pensábamos, allí estaba ella, sentada en un sillón, en la primera página del semanario *Rural*: La reseña de

prensa aseguraba que la “jovencita impura” podía haber sido secuestrada –quizá algún perro sátiro “se la había robado”, o se la había tragado el légamo hediondo y espeso del cenegal– y debajo de la foto decía que en un horno casero ella y su madre elaboraban objetos utilitarios o figuras de animales, bípedos o cuadrúpedos, a los que la impura apodaba bichos farsantes.

Así que, por ahora, había que atenerse a la realidad: Como no la encontramos donde todo el mundo suponía y detrás de los sabuesos exploramos nueve colinas, el inesperado hallazgo acabó de un golpe con tantas conjeturas. Pero ahora, de cada cuchicheo surgía una versión y de cada versión un mito, hasta que la verdad de los hechos terminó en chisme fabulado o reseña periodística.

A primera vista, por lo evidente, parecía que en vez de arcilla había ido a buscar flores: ¿Impura buscando flores? –ironizaban los malpensados.

¿Y por qué no? respondían los más ingenuos, testigos del hallazgo: ¿No habían visto un sombrero lleno de pétalos a un lado del camino? Y más allá, junto a una muñeca de trapo, en la mano izquierda la chica apretaba dos pomarrosas...

¿Pero era cierto? ¿Acaso esta bella señorita de ahora era la misma impura de otrora?

Pues sí, sí, admitían todos, claro; fíjense bien, decían, es ella; se le parece bastante; revisen el peinado, vean bien el diseño del vestido, los artificios del maquillaje (usó creyones para uñas y labios); ¿o ya se habían olvi-

dado que desde los nueve años la impura salía poco y que cuando aún iba a la escuela siempre subía por la orilla del río, camino del pantano? Y acuérdense que últimamente ni a la escuela fue más; pero tiene que ser ella, porque la impura es simpar, ¿o acaso no la habíamos observado bien? ¿No se acordaban malpensados y olvidadizos que cuando uno la miraba de reojo ella sonreía con picardía? Porque esa descarada manera de sonreír no es común ni...

Por supuesto, los que negaban que fuera ella estaban cortos de vista o faltos de memoria: Véanla, agáchense incrédulos, analícenla, detallen todo, háganse la pregunta de las cincuentamil incógnitas, ¿qué hacía ella allí, tan lejos de casa, en la orilla del pantano, a los catorce años? Viéndola allí, tan maquillada, disfrazada de dama antañona, a cualquiera se le podía ocurrir la idea de que por la pose graciosa, ella y su muñeca estaban riéndose del fotógrafo o de las figuras de greda. ¿Y por qué entonces en el color sepia de aquella fotografía hallada en el pantano su alegría espontánea de quinceañera feliz parecía una mueca pálida y triste?

Curioseando bien, milimétricamente, cualquiera podía tejer dudas e hilar suspicacias (en estos casos es natural que las personas sospechen o inventen fantasías sobrenaturales –incluso oí en la radio la misma mentira que divulgó la televisión). Pero yo no, porque en el archivo de la escuela conservo la única fotografía que de ella existe... Y lo digo porque la madre afirma que de la impura no hay más fotografías, pues a su niña no le gustaba que la retrataran... De todos modos, aunque me consta y sostengo lo que la madre dice, uno de los

rastreadores asegura que la figura del retrato hallado en la ciénaga estaba opaca, con poco brillo, y que a causa de la humedad las tonalidades sepias habían perdido nitidez.

Pero es ella, agregó el rastreador; no puede ser otra, aunque el periódico diga que es un ánima en pena...

El dilema despertó acertijos y desconfianza. La ficción produjo teorías ridículas y los rumores de esquina no aplacaban las corazonadas... La verdad se convirtió en presentimiento –sólo la fábula, el mito y la leyenda eran creíbles y como no había otro testimonio disponible, el retrato de la jovencita se convirtió en reliquia (en dos días apareció en nueve periódicos, en la Revista Funeral y en el canal Notiví). Incluso oí sesudos análisis descriptivos que radió la emisora local –una voz grave y misteriosa afirmaba que aquel infortunado asunto debía investigarse hasta las últimas consecuencias– porque inclusivamente, si aquella cantera de greda estaba reseándose era porque las manos alfareras habían sacado del limo miles de vasijas y cientos de monstruosos seres; ¿o acaso era disparate suponer que podía tratarse de una aparición fantasmática, de una bestia feroz que había salido de los senegales para tragarse a la impura?

De hecho, al tercer día, un tropel de pintores, camarógrafos, periodistas y artesanos subió como hormigas hasta el fango pantanoso de las colinas. Allí se esmeraron unos en modelar con greda sacra la figura de la doncella perdida –la prensa habló de la *Virgen del cenegal*... Otros se dedicaron a pintar en lienzo o papel

aquella gama de ocre, verdes, sienas y azules que hablaban de un cielo casto hundido en el barro reseco...

Lo cierto es que, por esa manía hipócrita y pueblerina de guardar secretos, nadie dijo que algunos la habían buscado por cuenta propia... Para despistar, otros comentaron que ya no la buscarían más porque hasta los perros rastreadores estaban cansados de no encontrarla... ¿Ya no la verían más? se preguntaban en silencio, ¿les quedaría aquella foto como único recuerdo de alguien que pocos querían recordar? Y aunque la mayoría aceptaba como verídica la foto de la quinceañera desaparecida –pues bastante la habían divulgado los periódicos– en el patio de la escuela, delante del vecindario, yo juré que la prensa mentía y que todas las versiones eran falsas. Es cierto, dijo la madre, el maestro siempre tiene razón, y para apoyarme, bajo juramento, declaró que el retrato del pantano no era su hija, porque a su niña impura sólo la habían fotografiado una vez en la vida, cuando ella misma la inscribió en la escuela, a la edad de cinco años...

..... *La última carta*

A Carmen Perozo
Yuleima Rodríguez
Ángel Antúnez

Con Elia te ocurrió igual que cuando uno le escribe cuatro letras a alguien muy especial (a otra Elia, por ejemplo) y firmas con un nombre falso para despistar. En un par de ocasiones, en los sobres de dos cartas distintas, aparte del seudónimo cometiste el error de poner como dirección de Elia tu propio domicilio –y abajo, en vez de posdata, junto a la firma, pusiste *Infraganti* (tu apodo). Fue un desacierto fatal, pues en el apuro convertiste tu apellido en sobrenombre y –desorientado, confundido como todo hombre indeciso, aunque sabes que el correo te devuelve siempre la correspondencia dirigida a Elia– aún tienes la ingenua esperanza de conmovérla. ¿Es que no sabes que huyendo de ti se fue a otro país y por eso piensas que ella se ablandará cuando lea este clamor escrito? ¿Crees de verdad que ella volverá a ti sólo porque te zambullas en el mar del diccionario y como un buzo anfibio busques desesperadamente un cofre repleto de bellas frases para decorar la redacción de tu última misiva?

Pues déjame decirte que *duda*, *sospecha* y *corazonada* son cosas muy distintas, ¿o no recuerdas que en una de tus cartas anteriores metiste pétalos en el sobre, llenaste media página con palabras tiernas –mensaje, ru-

bor, esquila, epístola? No olvides tampoco que rebuscaste adverbios, sustantivos, adjetivos y ridículas frases de lisonja. Es que Elia es poetisa, me dijiste y... De hecho no sé si en el más remoto de tus pensamientos queda una migaja de fe para seguir creyendo que de un momento a otro –por un simple y vulgar golpe de suerte– el destino te devolverá a la única hembra hermosa que has tenido en tu vida.

...Esta vez has endulzado la carta con versos sobrios, ágiles, sustanciosos: *Hoy te envió cuatro letras bajo toneladas de angustia...* Eso está bien, pero tu terca ansiedad oculta una obsesión repetitiva, y sin detenerte a pensar o impulsado por una suerte de euforia infantil mueves los labios, conversas solo y recitas algo que te hace sonreír. Ahora aflojas la mano y, una vez más, como si contaras con los dedos, le dices a Elia que le has enviado mil cartas, fotos, postales, telegramas, que por ella te mueres, que sin ella te pudres (después, con epígrafes o excusas de posdata le echarás la culpa a cualquiera de los presagios que rondan tu espíritu inestable).

De hecho, abrumado por tu cobardía, te dan ganas de tachar la página y mandar todo a la...

No, no –dudas: Es mejor dejar todo como está, porque luego se te hará difícil recuperar el párrafo y no soportarás el dolor de romper el papel azul donde has descrito tu lacrimoso martirio.

Sin embargo, por indiscreto, cometes de nuevo el error de confesarle que escribes agobiado por la prisa, que las ganas de orinar son incontrolables, *mi férrea terquedad desafía la ley de gravitación universal...* e incluso le has ordenado a tu vejiga que resista, que

no estalle todavía, porque los sesos y neuronas de tu cerebro sólo piensan en... Me muero por ti Elia, subrayas con angustia, y acorralado por la urgencia presentes que no te alcanzará la eternidad para convencerla, ¿o acaso olvidas que en tus cartas anteriores fracasaste a pesar de ser comedido, sincero y persuasivo? Es que, para no oír tus propias interrogantes, en la desesperación de tu despecho te aferras cretinamente al pretexto de siempre, como si no advirtieras que en la tejedura del texto tu alegato pierde densidad y se desinfla como una burbuja en el aire. Lo peor es que, presionado por la duda y los esfínteres, en el último momento, involuntariamente regresas a la frase inicial (en realidad pretendes reiniciar la escritura para mejorarla desde el principio) pero la pasión y tus manos son más rápidas que la razón.

...Respiras hondo: Necesitas sentir la presencia placentera del aire en tus pulmones. Suspiras recordando a Elia, y como ella siempre ha elogiado tu caligrafía, sin fijarte en lo que escribes, te dedicas a trazar arabescos para adornar el verso vital... *mi amor está herido de muerte.*

Te pones vehemente, un poco cursi, y para ganar tiempo agrandas la sangría, empequeñeces la letra, reduces las frases. De nuevo vacilas: letra a letra revisas cada frase, borroneas, remarcas algunas palabras... ¿Será que también esta vez me devuelve la carta...? No importa, te respondes, pues al pesimista lo envalentona la esperanza. A pie de página, sobresaltado de pronto por un impulso momentáneo, escribes *Sin ti me vencerá el silencio*, un verso bobo leído en un afiche... Ahora te ajustas los anteojos, aspiras con

fuerza, resumes el aire y decides que por encima de tus fuerzas físicas y mentales aguantarás con estoicismo las ganas de orinar hasta que hayas terminado la carta; *así me reviente o me desangre en el hospital...* Aflojas la mano y, a falta de palabras, dibujas un corazón herido; ¿es por eso que resuellas con todas tus fuerzas y mueves el bolígrafo para que las sílabas corran sobre el papel como insectos asustados? ¿Por qué pierdes el tiempo escribiendo versos prefabricados –refranes, proverbios, adagios? Lo peor es que en tu apresuramiento y desesperación todavía no recuerdas la frase imprescindible, ¡la frase preferida de Elia!

La paradoja en ti, el obsesivo contraste, es que a pesar del apuro buscas la sobriedad para impresionar a Elia, pero caes en la trampa de dejarte arrastrar por la turbulencia voraz de tus sentimientos.

Te he dicho que si sopesaras cada palabra mejoraría tu argumento y Elia sabría que ya no recurres a tu sempiterna queja defensiva; sólo que, en vez de calcular lo que dices, te precipitas papel adentro y en la pestaña del sobre dibujas otro corazón acuchillado; ¿acaso esperas que por obra de la casualidad mágica aparezca de pronto la frase que has olvidado?

Ahora sudas angustia, transpiras zozobra, estás a punto de orinarte... ¿Por qué siempre dejas todo para última hora?

Estremecido de ansiedad, obedeciendo a tus instintos, redactas el párrafo final e imaginariamente te adelantas a los acontecimientos: sales a la calle con un apuro de loco; como un atleta olímpico trotas nueve cuerdas vertiginosamente –aún no has comprado las

estampillas y debes llegar al correo antes de que cierren el buzón expreso. Más que prisa parece huir de la demencia, por eso aceleras el paso antes de que sea demasiado tarde, ¿comprendiste al fin que ésta es la carta más importante, la única que puede devolverte la vida o arrancarte la existencia? El anhelo de vivir te impulsa a alargar los pasos y aumentar la velocidad de tus piernas. Incluso oyes que en el apuro tus zapatos hablan, cuchichean, y ¿cómo, acaso tus zancadas le suplican a Elia que lea detenidamente tus versos? ¡Sí –exclamas compungido– ojalá mis zapatos te convengan! Porque a estas alturas del martirio ella ignora tu despecho, y en la agonía cruel del amor que te desangra sólo serás feliz si Elia se entera de la verdad y regresa. Por eso revisas al caletre: te sabes la carta de memoria, esculcas en las gavetas de tu cerebro y, nada, dices, no tengo alternativa, la mandaré así, sin la frase preferida de Elia (también esta vez le has dicho que es cuestión de vida o muerte y has subrayado las palabras luto, suicidio, dolor, fatalidad). Y si no, no importa –te resignas–, porque en estas circunstancias, con el agua al cuello, aprietas las ingles para impedir que...

...Ya. No hay nada que hacer. No sólo se te acabó el tiempo sino el papel, y si no te apresuras terminarás orinándote antes de que cierren el correo.

Avanzas a grandes zancadas para llegar a la meta. En tu urgencia hay mucho de ley fuga o escapatoria mortal (en realidad huyes de tu indecisión). Te ha retrasado la acostumbrada manía de pasarte horas enteras fabricando estrofas que aplaquen la ira de Elia, poemas que a pesar de tu esfuerzo cerebral jamás brotan del bolígrafo, aunque los tengas en la punta de la lengua. Sien-

tes además que en el minuto final, cuando el esfínter se rinde y tu vejiga protesta, algo oculto en las neuronas te dice que no vale la pena mandar la carta si por un imperdonable descuido no subrayaste el verso clave, imprescindible. Es cuando el corazón se altera y corre más que tus pies.

¿Cómo? preguntas jubiloso, ¿y no es esa la frase preferida de Elia?

¡Sí! –gritas alegre– ¡ésa es, hurra carajo!

Sin detenerte, contento como un niño, sacas el papel y corriges allí mismo (al vuelo, porque sólo volando le ganarás a la urgencia). Aceleras tus pies y mientras pones tu nombre en el dorso del sobre, oyes un ruido metálico de llaves que clausuran puertas y ventanas. ¡Esperen! suplicas, ¿no me oyen?, les juro que no los molestaré más, porque desde el principio has tenido el presentimiento de que el correo ya no te devolverá más cartas, mucho menos está, la enésima, la póstuma, la misma que... Ya estamos cerrando, señor, cófruese, comprenda, vuelva mañana y... ¡No, no! sonrías, aguarden un minuto, sólo tardaré un segundo, es un caso de vida o muerte, porque alguien está a punto de morir. Y entonces descubres que estás hablando solo, que el sobre húmedo tiembla en tus manos: Sí Elia, te disculpas, no pude soportar la desesperación ni controlarme... Otra vez me oriné aquí, en la oficina de correos. Cuando leas ésta, mi última carta, sentirás mi angustia, mi estupor, pues hoy me enteré que te casaste con el cartero; ¿qué, acaso te olvidaste de mí porque en un telegrama alguien te dijo que tu ausencia me había causado la muerte?

Lápida

A quienes escriben con bisturí

Al principio no pude verla: Llegué apurado al cementerio –territorio de quienes se han ido para siempre– y abrí la reja oxidada. El crujido de las bisagras me sonó a quejumbre. Por eso miré mi reloj, y aunque eran las cinco de la tarde, la bruma sepia anunciaba una noche prematura –en realidad parecía la humareda de un incendio que terminaba de apagarse... Sentí que en la penumbra precoz escarbaba el aire y la poca claridad diurna se tupía de formas y perfiles. Entonces la vi (su silueta se desteñía en la bruma del atardecer). La chica estaba detrás de la reja, debajo del sauce llorón –el árbol la cubría con su hollín umbroso. Sentada sobre una tumba, entre la neblina, su figura juvenil salía del tercer plano de un dibujo apenas boceteado. De su perfil adolescente resaltaba la cabellera suelta, el cuerpo inmóvil –inclinado hacia adelante– y las sandalias sin atar. Esa descuidada pose me recordó a mi abuela Mencha cuando leía ensimismada en el jardín... Me causó gracia la coincidencia pues mi abuela murió octogenaria y esta muchacha del camposanto era apenas demasiado joven para estar allí, en aquel lugar solitario, distraída hasta el punto de no advertir mi presencia (ni siquiera se dio cuenta que al pasar a su lado me robé una flor). Estaba como suspendida en el aura de una lejana

ausencia. Incluso, de momento, con tanta neblina densa, no precisé si miraba hacia los mausoleos antiguos o sólo leía con atención el periódico que reposaba sobre la tumba. A primera vista parecía una de esas descarriadas vagabundas que junto a rateros indigentes pasan las noches en los camposantos; escoria humana decía mi abuela, gentuza que convive con los muertos...

Abstraída, en medio de la niebla, la chica tenía de pronto el desdibujado aspecto de una escultura sedente. El desenfado de su actitud indiferente trajo a mi memoria el cuadro de mi abuela que pinté aferrado todavía a los cánones neofigurativos de un estilo ya caduco. Impresionado, con aquella imagen de la niña en mi mente, caminé por la calleja empedrada hasta los mausoleos antiguos –de vez en cuando me volteaba a mirarla y... No tardé en ubicar la tumba de mi abuela: De inmediato me desagradó ver el sepulcro hundido en el abandono, tragado por la desidia y el matorral. Para consolarme recordé que a mi abuela le encantaba leer en el jardín del solar donde la adormecía el canto silvestre de grillos, ranas y pájaros.

A manotazos comencé a quitar la maleza antes de que oscureciera, pero como ya caía el hollín de la noche prematura, encendí un velón y limpié el sepulcro con un ramo de rosas marchitas (sonreí pensando que a quien le hacía falta aquella luz era a la chica que allá atrás leía el periódico debajo del sauce llorón). Para ganar tiempo, como decía mi abuela, antes de irme puse en la lápida la flor robada y leí: Sigo despierta, MCMV.

Siempre me ha parecido ingeniosa la extravagancia de ese epitafio, porque en una dama tan formal como mi

abuela resulta excéntrico que en pleno vigor de la existencia anunciara su muerte como si se tratara de un paseo por la ciudad nublada. Mil veces nos ordenó que llegada la hora del último resuello, respiráramos tranquilos. Y en plena agonía, cuarenta horas antes de su fallecimiento, cuando la rodeábamos con pesimismo y desesperanza, nos dijo: No quiero luto ni llanto hipócrita. Me iré adelante y los esperaré en el camino, pero no vayan a escribir ni leer zoquetadas en el momento del sepelio. Sólo exijo que sobre la losa mortuoria pongan en números romanos el año de mi nacimiento, MCMV.

Y recordándola troté apurado (cuando pasaba entre las tumbas sentí que las ramas y yerbajos se fruncían para esquivarme). De pronto sonaron los primeros granos de lluvia y una ráfaga de frialdad me congeló los recuerdos. Tratando de no tropezar ni mojarme busqué la salida. Al abrir la reja oxidada me fijé que al sauce llorón ya se lo había tragado la temprana acuarela de la noche. Sin embargo, el croquis del árbol y la chica del periódico permanecían allí, como si en la página gris de la neblina flotaran los trazos al carboncillo de un recuerdo momentáneo. Aquel lugar y la muchacha quedaron en mi mente como si un sueño mal recordado se desdibujara en mi memoria. Ese día, por cierto, en la mañana, había concluído mi naturaleza muerta y –ahora, por pura coincidencia– comparé el periódico de la muchacha con el mantel que siempre pinto en mis bodegones.

Y fue en ese preciso instante cuando sentí el golpeteo acelerado de la lluvia. Como un acto reflejo, por puro instinto de protección tomé el periódico como quien roba un abrigo. Con aquel paraguas de papel sobre mi cabeza apuré el paso para entrar al cafetín de la tercera

esquina, antes de que se refugiaran allí los que ahora subían por la otra acera...

Los peatones corrían como si la lluvia fuese una balacera.

Ya adentro, sentado en la mesa del fondo, me concentré en la realidad (vi caer del cielo el fulgor de mil rayos chispeantes). Como si los relámpagos fotografieran, entre flash y flash, gracias a ese resplandor intermitente, pude entrever que el cafetín estaba repleto y que afuera la gente se apretujaba debajo del toldo de la entrada –la mayoría se tapaba con sombrillas, cartones y sobretodos. Sólo me extrañó que no estuviera allí la muchacha del cementerio...

Llamé al mesonero y, lo siento –me dijo–, se agotó el café; tampoco hay chocolate, licor ni cigarrillos...

Sonreí resignado. Con una mueca de fastidio encendí mi último cartucho y entre fumadas, una a una, me puse a ojear las amarillentas páginas de mi improvisado paraguas. Salpicados de lluvia, los tres pliegos estaban repletos de avisos comerciales, fotografías deplorables y pocas noticias. Pensando en la niña del cementerio observé el humor gráfico (la caricatura). Luego leí el horóscopo y cuando repasaba los titulares, a pesar de los errores ortográficos, al revisar la fecha, advertí que mi paraguas de papel era un periódico muy viejo. Entonces me fijé en la mancheta y en el recuadro que decía:

Obituario
Hoy renací para siempre.
Mencha, V-X-MCMV.

Similitudes

A Ever Delgado
Jorge Gómez
Rodolfo Urdaneta

Siempre he dicho que este mundo parece un cementerio. En cada país, ciudad o pueblo hay un lugar tranquilo, silencioso, habitado por seres subterráneos. Y aunque la comparación moleste, aquí, cada cual, al final del día, quíéralo o no, entra a su tumba...

Como ves no niego ni invento nada. Y no me canso de decirlo porque para mí todo está escrito, anunciado. He tenido largas peroratas sobre un asunto que les atañe a todos, pero nadie escucha mis verdades aunque estén viviendo capítulos de una historia ajena, la mía... Menciono el tema en todas partes, lo converso con conocidos, con amigos, con desconocidos. Y hablo siempre de lo mismo porque hay algo absurdo u oculto que afecta a mucha gente (si guardara silencio yo mismo me traicionaría). Por eso no reniego de mi suerte ni fabrico ilusiones ni sueño con imposibles.

Tampoco discuto con nadie, pero sé que al oírme estás pensando que una cosa semejante sólo cabe en la mente trastornada de un irresponsable. Sé también que lo que te digo es atroz, que no se lo deseo a nadie, ni siquiera a ti que te ha pasado lo mismo... Y te lo

cuento porque es increíble que me hayas dicho que ahora comprendes muchas cosas e incluso sientes que estás involucrado en una especie de desgracia colectiva. En mi caso comparo esta calamidad con la sarna, que contamina a todos pero nadie la ve porque el maquillaje la disimula; ¿o no se parece todo esto a las novelas trágicas o a las canciones de dolor que sólo hablan de peste, martirio, sufrimiento o desamor?

Sobre todo es ridículo que de pronto venga alguien como tú y me diga: eso que te ha acontecido no es un poema, ni un tango, ni una canción de amores retorcidos; eso que cuentas es más horrible que una epidemia anunciada, porque eso me sucedió a mí... O peor todavía, si lo analizamos con calma y frialdad, porque es absurdo y grotesco que ahora seas tú quien ande narrando lo que me ha ocurrido a mí; ¿o esta historia es ajena porque la sufre una multitud? Y es que todo encaja asombrosamente, aunque pocos entiendan testarudamente... Es como si alguien con mala puntería hubiese disparado una terrible maldición y por azar yo recibiera el proyectil maligno. Eso es tan ilógico como el caso del tuerto que apuntó a ciegas y mató al oftalmólogo, ¿o no es descabellado este disparate?

Incluso he sospechado que nadie disparó al azar. Presiento que para librarse de un martirio insoportable alguien lanzó lejos los pedazos de su destino y... ¿Te has preguntado si ese pedazo de destino – que iba dirigido a otros– me cayó encima por caram-

bola? Piénsalo bien y admite que (como también te cayó a ti y no sabemos todavía a cuántos más) queda demostrado que mi sospecha es cierta... Te aclaro sin embargo que en todo esto no ha habido maldad ni segundas intenciones. Tengo el presentimiento de que ha sido un hecho involuntario, y que quien nos lanzó el tiro no lo hizo de mala fe, sino que nosotros atravesamos la línea de fuego porque estábamos en el sitio equivocado. Lo casual, el hecho fortuito, es que alguien disparó sin apuntar y acertó varias veces. De hecho, ese es el acertijo, pero no acepto que andes hablando de conjuros y de mala suerte... Lo absurdo, además, es que yo no sé para qué te cuento todo esto, y da igual decírtelo o no, porque a ambos nos ha ocurrido lo mismo, y nunca pensé que a uno le pudieran caer encima dardos predestinados al prójimo.

Como ves acepto lo malo pero enfrento lo maligno, y aunque rechazo los daños asumo lo que me corresponde. Y si tengo que ser sincero, no niego que me asusta que te haya sucedido lo mismo que a mí... Por lo tanto, y vale la pena subrayarlo, si antes yo decía que la desgracia de un hombre es su destino, ahora tengo que afirmar que mi destino no lo determino yo, ni tú el tuyo, ni nadie el suyo, y que si la tragedia está predestinada, a muchos nos toca compartirla.

Es como si todos fuésemos siameses y nuestro destino fuera sufrir las similitudes de los semejantes. Digo además que en la vida luchamos para que las cosas se nos enderecen –aunque sabemos que con

el árbol torcido también se hacen muebles. Nuestra máxima aspiración, insisto, el anhelo diario, es que las causas que se salen del cauce no nos ahoguen. Al final no obstante, aunque la evidencia indique lo contrario, no creo que tengas razón y... Se trata de una maldición macabra, dijiste; también al principio me dejé llevar por los indicios; hasta he pensado en algún hechizo equivocado (porque hay maleficios teledirigidos que se desvían en la ruta), y cuando intento entenderlo o descifrarlo tiemblo al sospechar que pudiera ser una maldición apocalíptica, ¿o tú no ves televisión? El cine y la literatura están llenos de historias desviadas: En libros, periódicos y revistas he visto horrores, pavores, terrores que parecen copia de lo que me ha ocurrido. Y si no fuera inexplicable, te diría qué me pasó, cómo, dónde, cuándo; pero el hecho en sí, el acontecimiento como tal, carece de importancia... Lo terrible o extraordinario es que en distintos lugares del mundo a muchos nos haya sucedido la misma calamidad, la misma desdicha; porque nada es más insoportable que esta maldita coincidencia: ¿O no sabes que cuando relato mi historia alguien como tú me confirma o desmiente diciendo ese drama es una película que vi en la televisión? Sin embargo, por lo que me has contado, tengo la convicción de que a muchos nos toca compartir la misma historia; aunque hay gente irrespetuosa que se burla... Algunos, con gesto siquiátrico, me corrigen diciendo eso ya me pasó a mí –y sueltan una risita de manicomio. O me miran pensando que en mi historia caben todos los duros, los locos, los extremistas, que no tenemos sentimientos, que somos la parte desechable de la humanidad, que somos esto y lo otro, o que no somos nada porque una historia como la nuestra es de gente que no existe.

En tu caso, por ejemplo, al principio me reprochaste por haber contado lo que hasta hoy pensabas que sólo te había sucedido a ti. Y es que, aunque yo jure y asegure que mi relato es cierto, siempre habrá alguien criticándome por haberme apropiado de una historia que ahora tiene muchos protagonistas, ¿o tú descartas a los que se enojan cuando les cuento mi historia y piensan que lo hago para difamarlos o burlarme de sus vidas? Y el drama se torna traumático pues cada día aparecen nuevas casualidades... Lo más extraño es que fui lejos: Anduve por pueblos, ciudades, caseríos de varios países. Y no te digo esto para referirme a mapas ni bitácoras, sino porque en muchos lugares (a pesar de la distancia) siempre hubo alguien mencionando lo mío... No sé cuántas veces, en el día a día, durante mi largo viaje, en cualquier escena cotidiana y espontánea –incluso hablando de las cosas más comunes o triviales– de pronto alguien comentaba un suceso similar o idéntico al mío... Enmudecía yo, en tales ocasiones, y callado de asombro escuchaba la similitud, la semejanza de los detalles. Porque aquellas versiones, mientras más distantes estaban los lugares donde fui, más se parecían a lo que me había acontecido aquí. ¡Incluso escuché mencionar turbios fragmentos que yo había borrado de mi vida!

En eso me consta tu silencio. Hoy recuerdo por cierto que, al regresar, te pregunté si no resultaba insólito que en países desconocidos hubiese personas narrando algo que se supone sólo te ha pasado a ti... Y como callaste (o dilataste la respuesta) aproveché

para comentar que mi única conclusión ahora, debido a las coincidencias, es que en todo el planeta ocurren siempre las mismas cosas, pero que –por acertijo, azar o carambola– a unos nos corresponde vivir retazos de historias ajenas, pues a veces nos caen encima fragmentos de historias destrozadas. Ahora sabemos que a muchos el destino se nos devuelve y nos aplasta, o nos desintegra la existencia, y de ahí es que he sacado la idea teórica de que quizá, en este momento –por lo que dice la prensa– otros están viviendo retazos de nuestra vida y viceversa. De hecho juras y aseguras que nuestra existencia está determinada de antemano, pero no por nosotros, sino porque alguien lanzó lejos el vómito de sus miserias y su maldito destino nos despedazó la vida. Lo cierto es que estamos sentenciados a la misma condena, y los que ahora se asolean en el patio compartirán con nosotros las mismas celdas.

Candelares

A Ani, Nikol, Jean Paul
y Germán Maracara.

Sé cómo lo recuerdas... Antes (como si fuese el último día de nuestra existencia) nos entregábamos al cuerpo a cuerpo del amar, frente al mar; al abrazo del amor piel a piel. Nos estremecía ir más allá de la desnudez.

¿Y entonces por qué me miras con incredulidad si yo te creo?

Porque... al poseernos mutuamente parecía que trotábamos sobre las ondulaciones de un oleaje imaginario: yo remedaba el rumor del océano mientras tú imitabas con delicia el vaivén marino.

¿Recuerdas que el corazón nos sonaba como aleteo de gaviotas y alcatraces?

Sí, respondí, y modifiqué la frase: «Pero no olvides que todo eso lo inventamos».

¿Cómo...? ¿Y no recuerdas las luces?

Por supuesto. Jamás hubo tanta iluminación. La alfombra en el suelo parecía una llanura bajo el sol de los venados, alumbrada en exceso, como cualquier escenario improvisado. No olvides que las llamas –a un mismo tiempo– eran fuego real, sin magia, y lo abarcaban todo, porque así debía ser el ardor de nuestro amar...

Aunque el mar se nos volvió de pronto una olla gigantesca: hervían las olas, quemaba la arena, humeaba la playa.

Sí. Recuerdo aquella luz trágica.

Era tanta que, desde la distancia aquella fogata parecía la extenuación final de una llamarada inextinguible. Y dijiste: «Parecemos dos animales enredados de amor bajo el sol de las estepas».

Me refería al exceso de luces, que semejaban un escenario de cine.

Claro, tampoco olvido que lo recuerdas con amargura...

Te comprendo. Aunque ya no es igual: Hoy acorralo tu entrega en los tules de la oscuridad y somos dos octágonos de sombra. «Desde ahora sólo haremos el amor a oscuras» fue tu más severa condición. Y agregaste que ni un cocuyo (o la chispa de un cigarrillo) alteraría la más completa falta de luz. Enseguida impusiste otra condición: «Que la invidencia de la noche no nos niegue el goce desmedido de otros tiempos». Y que ayunaran nuestros ojos. Aunque...

Te lo juro, mi petición no fue un capricho de mujer insensata. Fíjate: ahora nos amamos como si fuésemos ciegos. «La ceguedad permite sentir con toda intensidad» te comenté en verso.

«Y evita el dolor de ver la otra cara del amor» te respondí, en rima.

Sí, no hay duda. Nos amábamos como ciegos, con todos los instintos de la imaginación.

Ya... Ahora comprendo tu exigencia de apagar la luz cuando apenas empiezo a besarte. Es esa la señal (especie de

convenio) entre ambos, apagas la luz y me dices «hazme tuya oscuramente». A veces, entre el nudo de nuestros cuerpos, me imagino si podríamos ser dos lámparas de aceite flotando sobre ciénagas, o antorchas inmóviles sobre el limo de una charca, porque en el retozo de nuestra carne parece que navegáramos en una canoa a la deriva... Al oírte quejar, mientras me aferraba a ti, a tu cuerpo, me suponía ser un pantano donde se multiplicaba el asco. En cambio tú parecías brotar del limo, como la última flor de la selva.

«Toda flor se marchita y toda oscuridad tiene su luz», te respondí, sin embargo.

Por supuesto, aclaré yo, «tampoco olvides que las luces también se marchitan».

No importa, insistí (en tono declamativo): «El universo es un jardín eterno. Siempre habrá una flor alumbrando al mundo».

Y yo tenía que decirte: «Me imagino la ceguera como un enorme desierto; apagar la luz, entonces, ¿no equivale a un desierto nocturno?».

«Es posible...» acepté tu comparación.

Y yo estuve de acuerdo contigo. Por eso uní dos frases, para preguntarte cómo podías olvidar ahora tus palabras, aquellas de cuando me reprochabas porque yo te decía que al poseerte no era el de antes y que por eso, cuando yo te poseía te entregabas a otro...

Porque eras otro, una especie de escombros que palpita, casi piltrafa que resuella, apenas silueta corroída. Y no lo niego, a ese otro me entrego...

¡Vaya argumento! Sin embargo tienes razón. Lo comprendo, sé cómo te sientes cuando me sientes.

Lo siento, pero no puede ser distinto. Es decir, es distinto a nuestro ayer.

¿Distinto porque exiges la oscuridad para amarnos, como si fuésemos peces en el fondo del mar? «Somos peces ennegrecidos de amor en lo hondo de un mar primitivo» murmuré, «pero nuestro océano es un oleaje de fuego».

«¡Cuidado!» me alertaste: «¡Este incendio puede quemarnos!».

Sí. La pasión nos consumía.

Sé con cuánta amargura lo recuerdas...



No hay duda: Nos amamos como ciegos, con todos los instintos de la imaginación. Dijiste: Hoy acorralas mi entrega en los tules de la oscuridad y me haces octágono de tu sombra. Pero comprendo, ya no es igual...

«Desde ahora sólo haremos el amor a oscuras» fue mi más severa condición: «Ni un cocuyo (o la chispa de un cigarrillo) alterará la más completa falta de luz... ¡Que el goce desmedido de otros tiempos nos niegue la contemplación de la noche!» me gritaste, recitando.

«Dejemos que ayunen nuestros ojos» te supliqué; “amémonos como invidentes”.

«Pero la ceguedad nos permite sentir con toda intensidad» rimaste. «Y evita verle al amor la otra cara del dolor» respondí en verso.

Sí. Sé cómo lo recuerdas... Al poseernos mutuamente parecíamos trotar sobre las ondulaciones de una marea imaginaria. «Mira...» decías, para incitarme; «mientras tu cuerpo remeda el rumor del océano yo imitaré con delicia el vaivén marino» y danzabas, así, contoneando el vientre, con la frivolidad de una odalisca que –en la excitación previa a la orgía– baila al rítmico compás del oleaje. Hasta nos pareció tener el corazón repleto de gaviotas y alcatraces.

Ajá... Sucedió tal cual.

Y mientras veía venir tu pecho como proa de navío entrando en la rada del puerto, tus cabellos semejaban el ramaje de los uveros o el penacho de las palmeras que el viento estremecía en la luz tibia de esa tarde. Antes (como si fuese el último día de nuestra vida) nos entregábamos al cuerpo a cuerpo del amar, frente al mar. Era un abrazo de amor piel a piel. Y nos estremecía ir más allá de la desnudez.

Aunque todo aquello lo inventamos...

¿Recuerdas las luces?

Desde luego.

Por un instante comparé aquella luz con el resplandor mágico de una irrealdad que nos cubría con su lumbre. Te lo comenté y sonriendo me dijiste no, eso desentonaba, ponle fulgor de hoguera. Y era que la alfombra en el suelo semejaba una llanura bajo el sol de los venados, iluminada como un escenario en llamas.

Porque era fuego nuestro amar. Y el mar iba a transformarse en una olla gigantesca –donde hervirían las olas, quemaría la arena, humearía la playa. Al principio no nos dimos cuenta porque de lejos aquella fogata parecía la extenuación final de una llamarada inextinguible. Si hasta te escuché decir que parecíamos dos animales enredados de amor bajo el sol de las estepas.

Sí. Lo dije porque había demasiada luz, como en cualquier escenario improvisado.

No olvides que lo recuerdo con amargura...

No. Es difícil olvidar. Comprendo así tu exigencia de apagar la luz cuando apenas empiezo a besarte.

¿No es esa la señal (especie de convenio) entre ambos, y cuando apagas la luz te digo hazme tuya oscuramente?

Por eso, a veces, entre el nudo de nuestros cuerpos, imagino si podríamos ser dos lámparas de aceite flotando sobre ciénagas o antorchas inmóviles sobre el limo de una charca –en la penumbra nuestra carne retoza como si una canoa navegara a la deriva. A lo mejor supones que soy (o parezco) un pantano, donde se multiplica el asco. «Tú siempre serás la última flor de la selva» te dije.

«Sólo que toda flor se marchita» argüí, «y toda oscuridad tiene su luz»...

«Por supuesto» debí responderte, con ironía; «mas, no olvido que toda luz también se marchita».

No importa, dijiste lo que tenías que decir, que el universo es un jardín eterno.

Lo dije por aquello de que siempre habrá una flor alumbrando al mundo...

Tal vez. O porque además confundías ceguera con desierto y hoguera con fogata, y cuando apagaba la luz, la oscuridad hacía que todo pareciera vacío, desolado, yermo.

Sin duda. Tampoco olvidas cuando te dije que sentía la presencia de otro cuando me poseías, porque, ¿cómo negarlo?, ahora no eras el de antes.

Yo no debí preguntarte si por eso te entregabas a otro...

Por supuesto, contesté, ¿o acaso no eres un ser distinto? Pues bien, es a ese otro a quien me entrego.

¿Por qué te extrañó entonces mi argumento?

Porque me confundías, porque cambiabas de verbo. Porque no era fácil aceptar que fueses una persona distinta.

Sin embargo te doy la razón, agregué, y la razón crucifica la fe. Te comprendo, sé cómo te sientes cuando me sientes...

Lo siento: no puede ser distinto. Quiero decir que todo es distinto a nuestro ayer.

Lo es, y mucho, más de lo que supones. ¿O no me entendiste cuando te dije que era una piltrafa?

Pues, hombre, yo esperaba que dijeras soy toda una silueta corroída.

¿Y por eso exiges las tinieblas para amarme, como los peces en el fondo del océano? «Somos peces ennegrecidos de amor en lo hondo de un mar primitivo» me recitaste, y yo analicé esas palabras.

En efecto: Te lo dije para que fornicáramos en aquel oleaje de fuego. ¿O no recuerdas aquel océano en llamas?

Sí, y también cuando me gritaste que el incendio podía quemarnos.

¿Entiendes ahora mi sacrificio de amor al soportarte...?

Sólo adivino tu repulsión al amarme. Cuando me desnudo...

No hombre, no es repulsión, ni escrúpulos, ni asco, ni desamor...

¿Entonces, ya no me deseas, mujer...?

No es cuestión de desgano. Quizá te ame menos, pero aunque te parezca absurdo o contradictorio ahora te deseo con más intensidad que antes, como jamás (aunque improvise palabras) «porque no logro comprender bien eso que dices sobre repulsión».

Está bien –acepté la excusa– y no te mortifiques si no comprendes, pues ni yo mismo he podido entenderme y... ¡No, no es eso! alcé la voz: ¡Lo que no entiendo es tu sacrificio al soportarme! ¿Por qué te hiere mi sinceridad?

No me hieres... –antepuse un tono conciliador– aunque tus cicatrices sangren en carne viva y... ¿Por qué te atormentas, hombre? A mí me basta con que lo recordemos juntos, con crudeza pero sin dolor, sin distraernos mirando el candelar de nuestro amor fingido –ojalá olvidemos aquella tarde cuando jugábamos con las luces del crepúsculo– y creámos que todo ardía porque se trataba de un simulacro de anochecer prematuro (ocaso al rojo vivo), maniobra prevista para exaltar al máximo el fuego cálido de nuestras pieles (la idea era

que la resolana de pasión desbocada lograra el clímax) justo cuando yo me desnudara delante de tu mirada fogosa y, en el instante preciso cuando fornicáramos, las ráfagas irradiaran un erotismo primitivo, y cuando dijeras mi fuerza viril viene de los volcanes, como un pez enceguecido de amor, atraído por mi fiebre uterina, te echaras en las llamas del oleaje; pero entonces el humo espeso del incendio te imposibilitó salvar a las gaviotas o alcatraces, y ya nada ni nadie pudo evitar que de aquel mar encendido brotaras desfigurado por completo, por un maldito error del libreto, del guionista.

..... *La casa de los muros pandos*

A Luis Rey,
Chaplinista y filmólogo.

Cómo es posible que no te hayas dado cuenta. Hasta un ciego vería la diferencia. Fíjate bien. Es un simple cuaderno. ¿Cómo se te ocurrió pensar que el libro de actas era un guión de cine? Abre los ojos, míralo bien. En el lomo dice *Suicidio homicida* y sus páginas manuscritas narran una investigación policial –también hay unos recortes de periódico. Antes decía Jugarreta fatal, pero fue Carmona quien le puso ese título tan largo: *Diario ecléctico de una virginidad malversada*. Acabo de ver los cadáveres y la mujer se parece a mí, gritó irritado; está bien, ella es mi hija y entiendo que ustedes son un equipo ingenioso, pero no sean tan creativos; así que, arréglenle el gesto, mejórenle el aspecto, el vestuario, el maquillaje; me molesta la improvisación; convoquen a la prensa, pero no llamen a esos periodistas policías que confunden entrevista con interrogatorio; hasta cuándo tendré que pensar en todo...

De esa entrevista quedó un borrador sin corregir...

Entrevista que yo guardé en el libro de actas. Claro, del texto sé muy poco, acuérdate que yo estaba en la oficina y... Declaro entonces que mi vida es un largometraje porque el guión no lo escribo yo, dijo él.

Hay suficientes indicios como para pensar que te había citado a la casa de los muros pandos, ¿o no fue allá donde le entregaste las trece cuartillas del libreto?

Le entregué el borrador de la entrevista. Los demás habían ido al sótano, a preparar la escena final. ¿No dijo que la única obsesión de su vida era liquidar al Conde y que un doble suicidio sería perfecto pues al matarse el Conde asesinaría a su hija? Ésas fueron sus palabras, incluso recuerdo sus gestos. Sólo que algo se le fue de las manos, algo que no sabemos ni entendemos y que tampoco ha resuelto la Policía. Y si dos veces anotó frases sueltas en el argumento de la hija, entonces sucedió otra cosa fuera del guión (un accidente, una mala o equivocada lectura del libreto) por ejemplo. Fue un error fatal, aunque la Policía sospecha que impulsado quizás por un rapto de exagerada actuación, se dejó llevar por una sobredosis de histrionismo y la escena dramática se transformó en un simple y vulgar asesinato. Recuerdo además que en el libro de actas decía que Carmona vivía desdoblado, que era realmente la doble cara de una personalidad sin rostro –la policía habla de esquizofrenia, neurosis, paranoia; ¿o no fue ese día cuando te dijo que quien roba una idea o plagia un proyecto, pasará la existencia con ese mal recuerdo en la memoria?

Cierto. Y sonriendo me felicitó por las trece cuartillas que le entregué.

Por eso dejó que su voz bajara de tono para reprochar-te las últimas palabras del primer párrafo que revelaban su vida íntima. ¿O no te dijo cuento contigo para guardar mi secreto? Para evitar cualquier comentario

tuyo agregó que muchos querían ser como él porque él no era un clon sino un prototipo único. Y para asegurar tu apoyo sumiso te soltó de golpe las frases que anotaste en el libro de actas.

Exacto. De eso habló y eso dijo. También me encomendó elaborar un plan sutil e infalible, una treta argumental para liquidar al Conde Carmona, su personaje de toda la vida. De paso me sugirió que me las ingeniara para poner mis ideas en boca de su personaje, así cerraría con broche de oro la sangrienta escena final. Y ese día fue cuando admitió que en el fondo era un verdadero mentiroso pues prefería no ser él sino el otro.

Querrás decir lo otro, lo que otros llaman ego sin ergo. Y lo dijo porque en tus cuartillas leyó que hay individuos monigotes a quienes otros seres duales y ambivalentes les asignan un rol ambiguo, y los pobres terminan siendo la desequilibrada marioneta de un fantoche –de un actor fantoche como él, que vestía de incógnito, pues su atuendo preferido era gorra de novillero, barbita de filósofo y anteojos de poeta. Parezco un filósofo de la ingeniería, sonreía, y a veces se colgaba un ridículo bolso de suela que no encajaba con su postura almidonada y gris...

¿Sería que en el trance del desdoblamiento él prefería quedarse en el personaje para evadir la verdad de su mentira?

Por eso digo que no aprendió la lección. O cometió el error de adentrarse en la psiquis del Conde y... De acuerdo. Creo que exageró al internalizar el personaje –algo devastador e inapropiado para quien se dedica a la actuación–, hasta el punto de adoptar como propia una existencia ajena; incluso sospecho que Carmona

pasó el resto de su vida poseído por el Conde Carmo-
na. Ésa es mi teoría. Pienso que, cautivo de una ficción,
sometido a la voluntad de un ser ficticio, Carmona llegó
al extremo de olvidar que después de una actuación
–en cine, ópera, teatro o televisión– cada actor o actriz
vuelve a su vida normal.

Estoy condenado a ser Conde, dijo la mañana del casting.

Pero también dijo que la cicuta de plomo –la escena
final– borraría para siempre su vida cinematográfica...
Ese día nos pareció que había soltado el personaje,
pero cuando el equipo de filmación se preparaba para
el rodaje –aunque los críticos y analistas me tilden de
esotérico o credulón– aseguro que quien dictaba las
severas instrucciones era el Conde y no él. En ese ins-
tante entendí la palabra posesión y la asocié con usur-
pación de identidad o servidumbre psicológica; en este
caso porque al actor le había arrebatado la voluntad un
personaje imaginario, confundiéndole la personalidad
y transformándole el carácter. Yo sigo creyendo que –
sin saber la razón ni qué lo impulsó a fraguar un plan
distinto al libreto– el Conde Carmona nos engañó de
nuevo.

Por última vez...

Ajá: ¿Pero por qué el personaje se tomó la atribución
autónoma e independiente de desviar el curso normal
de la grabación? ¿Por qué pasó por encima de lo indi-
cado en el guión y cambió el suicidio con cicuta por un
doble homicidio?

*¿Pero, ésa es tu verdad dramática o la mentirosa historia que
él siempre quiso que nosotros le escribiéramos?*

Ambas cosas. Por eso nos hemos vuelto repetitivos. Porque revisamos todo el argumento y todavía no hemos comprendido que fuimos nosotros, los guionistas, quienes lo condenamos a ser Conde de por vida. Y cuando mencionó el casting, los ensayos y la post-producción, tú aludiste la crisis de la crítica, la poca formación de los fablistanes criticones, ¿o no te habló de los buenos o malos recuerdos que le bailoteaban en la memoria? Aceptaste que sí, que también sentías a veces un vibrante zangoloteo mental; que cuando se te olvidan las cosas o necesitas recordarlas, las buscas día y noche como amantes traicioneras, pero las muy esquivas se te ocultan (se me diluyen en la pasta de los sesos, dijiste textualmente), o cuando ya no las quieres y sólo deseas que desaparezcan, entonces las ves a cada rato y tropiezas con ellas en todas partes.

Me hice el desentendido...

¿No entiendes que todo ese palabreo lo pronunció para sacarte todas esas frases del cerebro? De hecho te pidió que reescribieras el libreto. Y te lo dijo sonriendo, con esa manera suya de alzar las cejas y mirarte como a un fantoche.

Él siempre hablaba de teatrinos, marionetas, fantoches...

Pero a ese Carmona lo inventaste tú.

No. Carmona se inventó a sí mismo. Luego –no él sino el Conde que llevaba por dentro– nos fue moldeando a su antojo: A mí, y basándose en mis ideas, me asignó la tarea de crear a su hija. Sí. En su demencial dramaturgia, el ahora rico Conde Carmona necesitaba un reino –de hecho, para vanagloriarse, puso de moda la lisonja palaciega, la adulación cortesana.

E inventó su propia dinastía virtual –no precisamente por sus virtudes– ya que también necesitaba herederos de linaje y realeza, aunque su única hija no era de él. Su vida era una madeja de hilos que sin cesar tejían telones, cortinajes, alfombras, celosías, tapices. Su otro yo era adicto a la parafernalia ostentosa. Para él los grandes decorados equivalían a majestad y poder, y además necesitaba sentir la sensación de ser el primer actor, dentro y fuera del escenario.

Vivía el ritornelo de su película mental. Carmona tenía el cine como *temanía* (esa palabra sí la inventó él). Era su más costoso pasatiempo, aunque después se interesó por el teatro, las telenovelas y otras bufonerías menores... Para no quedar mal ante los círculos intelectuales reunidos en los cafés, saltaba de un asunto a otro y se apoderaba de las peroratas etéreas; luego mencionaba dos o tres películas y mentía para impresionar a los desinformados diletantes.

No mentía, sino que su deleite preferido era mostrar la realidad como si fueran películas. Y no mentía porque leía los periódicos y convertía en versión cinematográfica los crímenes más sonados de la vida real... Lo más curioso es que en los cines hablaba de teatro y en el teatro conversaba sobre el séptimo arte. No se sacaba a Shakespeare de la boca, lo citaba en inglés...

Estoy bien informado. Por eso sé que para impresionar, Carmona mezclaba las artes tangibles e intangibles. Conversaba de cualquier cosa, pero repentinamente se lanzaba una perorata diletante diciendo que la ingeniería filosófica inspira a la poesía profesional.

O sea...

Otra de sus temanías. Sin embargo, el mes pasado admitió que su plato fuerte –así lo llamó– era el simulacro vivencial (?). Y la verdad es que él odiaba su origen (su nombre y apellido le parecían cursis) y como aborrecía la ruralidad de su niñez, para disimular caminaba tieso.

Pareces muñeco de cartón almidonado, le dijiste...

En el fondo él sabía que su tongoneo simio revelaba la humildad de su procedencia –desde niño vivió en cerros y tuvo que subir y bajar riscos, peñas, laderas; ¿o no eras tú quien lo apodaba Carmono cara de mono?

Ése es mi karma, decía, y ya no puedo ocultar mi pretérito. Luego, cuando explicó que se cambiaba el nombre porque varios maridos celosos lo perseguían, supimos enseguida que dos cobradores lo tenían acorralado, y que un cineasta lo asediaba porque era el dueño de la filmadora que por falta de dinero Carmona había permutado o vendido en una casa de empeños. A mí me insinuó que esas verdades tan mentirosas podían ser el argumento ideal de un excelente guión –de hecho lo tituló Sátira al sátiro– un monólogo tétrico en que el Conde se desnuda, y como su callado propósito era desprenderse del actor, mediante un truco ingenioso se transforma en damisela. Lo ensayó mucho, para la temporada de teatro actual, pero después me ordenó adaptarlo a la escena final de su única película. De paso me confesó que sólo esperaba un golpe de suerte para coronar su sueño de grandeza –una viuda rica, por ejemplo, sonrió.

En realidad carecía de linaje, pero se inventó una prosapia que él llamaba prosa poética y obtuvo gruesos dividendos culturales. Estratagema que también le elevó la alcurnia y como la falacia cautiva a los farsantes, pronto se le vio rodeado de hipócritas amigables

(adictos al verbo elogiar: yo me elogio, tú me elogias, etcétera me elogia).

Sus admiradores lo encumbraron.

Los cautivó su verba y su jactancia. Hablaba como un conde, miraba como un conde, era un conde. Esa astucia atrajo a banqueros y empresarios. Sabían que su ego ambigüo le exigía fama y nombradía, pero los títulos honoríficos –duque, marqués, príncipe, conde– eran onerosos, impagables; ¿de dónde sacar entonces el dinero necesario con un cargo de tercera categoría?

Trató de graduarse en la Universidad Prestigio, y no pudo.

Por eso aceptó estudiar una carrera estratégica (sacerdocio), aunque pronto esquivó aquella imposición de la familia... Con astucia fraguó un truco frágil: Cambió de táctica y en vez de clérigo doctrinero, del seminario salió convertido en fablistán sabatino o periodista weeking. Después de una sonora carcajada contaba risueño que con fervor religioso y a control remoto –en el mismo seminario, a corto plazo y en cómodas cuotas mensuales– una universidad clandestina otorgaba títulos de profesiones lucrativas. No me gradué de Conde ingeniero, chistaba; y aunque pude ser Duque abogado o Príncipe médico, me titulé de Marqués fablistán; pero qué importa, si al final todos somos reyes sin oficio, doctores a sueldo o filósofos desocupados.

Hasta ahí todo le salió bien...

Los astutos saben reclutar amigos de influencia, y Carmona siempre tuvo olfato para adular las miserias del poder. Además tenía su clan y se reía diciendo soy periodista weeking y cronista graduado en cursos sabati-

nos con tutoría dominical. Siempre hablaba de ingeniería filosófica aplicada al periodismo poético; de hecho tituló su tesis *Dramaturgia del simulacro diletante*. Y cuando comenzó el postgrado –porque es cierto que intentó ser ingeniero del cálculo y la fe– con apoyo del clan de adulantes se doctoró en Teología bizantina.

Siempre decías que actuaba como un angelito perverso.

...Ajá: Era una rata en un capullo. En el seminario, durante sus estudios *weeking*, pregonaba la teoría de que sin el periodismo la Filosofía era una ciencia oculta; incluso me llegó a decir que la dualidad ontológica era una farsa del teatro bufo.

Era un farsante sutil.

Con talento mezquino engañaba incautos. Censuraba a los críticos pero él se publicaba autoelogios y firmaba con seudónimo. Era dual: vivía tenso y quería parecer jovial, sufría de acidez estomacal pero sabía vender sonrisas. A su lucrativa conveniencia se hacía el cómico y llamaba *humor* al cinismo; incluso, adrede, en los cafetines, decía que todo largometraje es cínico. Claro, su áulica astucia convencía a otros cortesanos de mayor rango –en él encarnaban las muy particulares características del legendario Conde Carmona, un carroñero medieval que roía migajas de estirpe y repartía residuos de prosapia.

Yo me hartó –decía– y a mi prójimo le obsequio las sobras.

Carmona era de ésos que cuando necesitan a alguien para sus fines, le chupan todo, hasta la sangre, y si se deja le sorben las vértebras; por eso recitaba aquello de *ámate como ídolo aunque seas iconoclasta*.

Cuando le oí esos versos, en ese momento, recordé que una tarde le reprochaste algo sobre no sé qué hija virtual, y ésta fue la idea que ficcioné en mis trece cuartillas; después él se inventó una dama que llamaba hija, y aunque nunca tuvo descendencia la consideraba su ídolo... De todo eso y con esas mismas palabras habló la víspera de aquella muerte atroz, ¿o no fue contradictorio cuando dijo que alteraríamos el libreto para eliminar descendientes y proteger su estirpe?

Un chiflado en plena demencia no demuestra tanta locura. Sin embargo, todavía no me cuadra lo ocurrido en la casa de los muros pandos. Y lo que no capto es que los extras (vecinos y circunvecinos) que participaron en la escena fatal hablaron de éxtasis, trance, arrobamiento, y la Policía dijo que era un simple atentado...

Ese es el vacío de esta historia, porque al falso Carmona lo conocí la noche del suicidio.

Pues creo que, para ser objetivos, hay que olvidarse de las palabras bonitas y pensar en una sola frase que lo diga todo sin recargos retóricos ni deficiencias gramaticales; esa frase debe tener la crudeza necesaria para que los hechos no terminen en el basurero de los casos incomprensibles e irresolutos con que la Policía cierra a veces lo que no puede explicarse ni descubrir.

Has repetido sin respirar el mismo párrafo que Carmona escribió en el libro de actas. ¿O lo dices ofuscado porque son inadmisibles las excusas argumentales de la Policía? Sobre todo porque en la rueda de prensa el comisario jefe declaró que antes del suicidio la habían violado y el forense asegura que era virgen.

También dicen que Carmona ya se había ido cuando la hija vino a buscarlo para ensayar o revisar el argumento.

Pero en el libro de actas él subrayó un párrafo del palabreo o monólogo de la *sátira al sátiro*, y enseguida escribió: “Ese día, al peinarme, sonreí frente al espejo y noté que la mía era una sonrisa ajena. Me quedé pensando de quién podía ser aquel gesto y me tranquilicé al no recordar quién sonreía como yo, o a quién imitaba –porque uno puede plagiar sonrisas, ideas, recuerdos. Entonces decidí usar un seudónimo. Un alias era el mejor método para sacarle provecho a los demás sin que se dieran cuenta. De hecho sustraje el cuaderno amarillo de la difunta y lo incorporé a mi colección de ambigüedades cleptómanas”.

Se refería al libro de actas... En la portada del cuaderno decía Diario ecléctico de una virginidad malversada, y el título es una frase escueta, muy de él.

Escueta pero no desconectada de los hechos. Cuando abrí ese *Diario* leí otro palabreo del monólogo que confundía para encubrir: “Esta casa de los muros pandos es un túnel sin salida. Sin paz íntima no hay trascendencia. La mujer parece malévola cuando se apiada de sí misma, pero sólo un idiota repite el mismo error (¡es una idiotez ser repetitivo, he vuelto a equivocarme!). Mi imprudencia desafía la lógica: soy ilógica, yo misma le he puesto barrotes a mi prisión. Estoy en el túnel buscando la salida, pero si la encuentro regresaré al laberinto. He hecho de todo para permanecer en el caos, a estas alturas de mi vida he caído otra vez, porque el seso no puede vivir sin sexo. Soy de entrega inmediata, como las cartas urgentes y los periódicos por suscripción. Mi ardor es público y sufro de ligereza atávica, aunque después de todo el amor es un precipicio y del abismo sólo nos saca un orgasmo profundo”.

Con esas frases cerré la cuartilla número trece...

Pues yo las leí en el cuaderno amarillo o libro de actas.

Él me exigió que esas frases huecas las pronunciara la dama en la locación 7, mientras a él le correspondía bajar la escalera y dispararle en el sótano.

Claro, lo imprevisto e inesperado no es que el Conde Carmona matara a la dama, eso estaba pautado y es algo usual y ordinario en el cine. Lo que convirtió el rodaje en un acontecimiento insólito fueron los dos disparos simultáneos que retumbaron en el sótano. Alarmado por los gritos y las detonaciones, el luminito encendió las luces y, en vez del Conde vestido con su traje medieval, el que yacía en el suelo era el primer actor. Y ése es el enigma de todo este enredo, que el actor principal haya muerto en escena sin el atuendo especial de su personaje respectivo... Ahora sabemos no obstante que tú estabas solo cuando Carmona fue a buscar tus cuartillas y las metió en el libro de actas. Los demás estaban cada uno en su puesto, listos para las tomas previstas en la locación 7 (el sótano) y yo revisaba la escena final. De modo que si Carmona subió a su oficina y por el teléfono interno te avisó que iba urgente a la casa de los muros pandos, entonces tú fuiste el único que se enteró de ese súbito cambio de agenda.

Él me llamó a mí porque yo también hacía las veces de asistente del director, pero cuando le entregué las cuartillas salió corriendo a atender el teléfono que repicaba ruidosamente en su oficina.

Tal vez la hija lo llamó antes y él fue a verla en esa casa. O ya él había decidido aprovechar la filmación

para solucionar su conflicto personal (yo pensé en una fuga porque eso estaba en la pauta, en el libreto). Por mi parte me limito a conjeturar que cuando ella lo llamó, Carmona pensó acudir a la cita, pero decidió cambiar el libreto y te dijo que iba a otra cosa.

Simple cambio de treta...

Es posible. O quizá ella comprendió que Carmona había modificado el guión y se adelantó a los acontecimientos –si su padre virtual revelaba la falacia del Conde Carmona, el montaje dramático del siglo– ella sería el blanco de la crítica... Por eso lo llamó para alertarlo, para rogarle que eliminara la frase *cicuta de plomo*. Creo que la llamada de ella fue una campanada de aviso, un huye y sálvate antes del caos... Entonces él varió la agenda, la ruta, la bitácora: Si había engatusado a medio mundo, si usurpando un personaje había logrado fama y dinero, si eso convertía al actor en un vulgar embaucador, la treta ahora era desprenderse del personaje porque la policía conocía al Conde y no al actor... Y cuando la hija le telefonea para prevenirlo, se precipita. Elige la escapatoria como salida del túnel emocional. Decide desprenderse de su personaje favorito y de su *lideranza*. Salir del país era huir de la farsa, de su alcurnia inventada, de su otro yo adulado por comediantes conmillones –sin duda era también la única manera de escapar de la deuda inmensa que le había costado construir aquel falso trono. Y es que Carmona se plagió a sí mismo porque él era el invento de otros como él, por eso convirtió en guarida su propio ego. Y si vivió oculto en una vida ajena es porque él no era él. De hecho se había escondido en la única guarida donde

nadie podía encontrarlo, en su propia ficción (incluso lo viste hablando solo, absorto en un largo e indescifrable monólogo de muecas y risitas). Dedujo que si antes vivió una vida real escondido en un ser imaginado, ahora invertiría el juego y el personaje se ocultaría en el actor. Así de simple. Ahora haría como esos dramaturgos que crean personajes a su imagen y semejanza, y cuando le llega la hora final, en plena agonía, el dramaturgo se da cuenta que el que está muriendo es su personaje favorito... Mi conclusión hipotética es que la mentira salvó a la verdad, y si el actor se había refugiado en una apariencia, bien podía pasar otra vez desapercibido, pues Carmona pasó la vida dando la cara para ocultar su rostro.

Ahora me arrepiento de haberle entregado mis trece cuartillas. Elaboré el guión para quitármelo de encima, pues llegó al extremo de exigirme que en tres días le presentara mi libreto. Es duro aceptarlo, pero a Carmona lo desapareció su propia mentira. Y aunque digas que en la casa de los muros pandos estaba la hija muerta, no obstante –según tu hipótesis– el Conde Carmona modificó los planes y pensó en un doble suicidio. Mi vida es una película de aflicción, me dijo. De otra manera no se explica que en los cafés de teatro se esmerara en detallar el crimen jamás filmado, el del hombre que usurpó su propia identidad, y todos creímos que hablaba de una película. En eso fue genial: Durante un año divulgó lo que sería su próxima puesta en escena, y nadie sospechó que esta vez no hablaba de ficción. Por eso inventó una hija –la dama líder–, que él creó y parió impulsado por la imperiosa necesidad de despistar... Sin embargo, en el clímax de lo apoteósico, según el argumento, el Conde no lograría escapar de aquella trampa que era su propia farsa y pagaría con su existencia la vida de ese otro yo que él también

había prefabricado. Claro, no es un final feliz pero es un final estratégico. Y no es fácil acelerar el travelling de un vértigo, como Carmona quería. Aunque sospecho que la urgencia por alterar el monólogo lo apuró al desesperado epílogo (el yo mata al ego, me dijo, y ése será el final).

Por eso la policía no se explica que el cadáver de la hija haya desaparecido. O a lo mejor dedujo que el actor había desbaratado ese poderoso reino de embustes con que engañó a los que lo adularon tanto (lo mima-ban diciéndole angelito cachetón). O fue él quien se desengañó a tiempo y para borrar su mentira y su farsa, convirtió el argumento de la película en un enredo, aunque la maraña de escenas y secuencias que Carmona describe en el *Diario ecléctico de una virginidad malversada* está basado en el guión técnico que escribiste en la casa de los muros pandos. Y como ya no soportaba vivir la realidad como una ficción, cuando te dijo no me gusta el gesto, el vestuario ni el maquillaje de los cadáveres, decidió que las trece cuartillas fueran el eje del largometraje filmado.

O fulminado, porque esta vez él adaptó a la vida real un guión de cine, y logró liquidar tres pájaros de un solo tiro –incluso se rumora que el disparo salió de la cámara.

¿Te refieres al reportaje periodístico que desmintió la Policía?

Tal cual, pero la prensa no publicó la entrevista. Y aunque suene a telenovela o reality show, el suicida que por error elimina a su propio padre es la historia verídica de un ser inexistente, fracasado, un personaje creado por otro ser ficticio. Al adaptarlo al séptimo arte, el equipo de filmación hizo un trabajo impecable, apegado al guión. Claro, siempre

hay cambios de pauta, detalles, adaptaciones, pero nadie sospechó que se estaba grabando un hecho real, y el actor Carmona apareció en escena tomando la cicuta de plomo.

Fue su última actuación como doble del Conde Carmo-
na.

Todo eso está en el borrador de la entrevista que la policía tomó como testimonio...

La película ha sido un éxito.

Sobre todo el final: Inesperadamente el personaje principal mata a la hija y se suicida (mueren simultáneamente el Conde ficticio, el actor protagonista y la hija virtual).

Pero, ¿quién dirigió la película?

El verdadero Carmona.

..... *Índice*

<i>Contenido</i>	<i>Página</i>
Retorno a la inexistencia	5
Cenegal	23
La última carta	35
Lápida	43
Similitudes	49
Candelares	57
La casa de los muros pandos	69

Esta edición de 500 ejemplares de la obra
Conversa de velorios
se imprimió en Septiembre de 2017,
en los talleres del Fondo Editorial Ipasme,
en Caracas, República Bolivariana de Venezuela.

La colección ORLANDO ARAUJO rinde homenaje al polifacético escritor barines de gran versatilidad literaria creador de ensayos, poesías, novelas y cuentos, quien también fue un insigne educador y economista de profundo sentido humanista. Su figura y su legado impreso constituyen un modelo fehaciente del humanista hispanoamericano, comprometido con la realidad de su tiempo y siempre a favor de las causas populares. Siendo poseedor de una vasta cultura y de amplias capacidades intelectuales, dominó el arte de escribir con sencillez al alcance de todo tipo de lectores y con especial cariño hacia los niños. Por eso, bajo su nombre egregio, reunimos narraciones breves, relatos o cuentos que conduzcan al lector hacia el encuentro de esos pequeños y a la vez grandiosos mundos alternos.

La imaginación es el lugar más cercano a la memoria. En CONVERSA DE VELORIOS Amable Fernández se interna en esa región fuera de los mapas, donde la palabra explora el rastro de otros mundos y descubre historias semejantes y a la vez disímiles de la realidad. En CONVERSA DE VELORIOS la realidad está habitada por seres que aún perviven en el recuerdo, pero que a veces deambulan en los espacios distantes del más allá... Seres que se adentran en la ficción y la fantasía, y cuya existencia tiene el desenlace inesperado de los sueños que se convierten en pesadilla...

CONVERSA DE VELORIOS es el séptimo libro de este narrador estudioso del dialogo entre la noche y el silencio (coloquio o conjuro de quienes desafían la cordura y la muerte) En seis relatos Amable Fernández nos da testimonio verídico de inexplicables sucesos que – aun siendo testigo de lo que cuenta-, todo parece haber ocurrido sólo en su pensamiento.



Ministerio del Poder Popular
para la Educación

IPASME

Fondo Editorial Ipasme



ISBN: 978-980-401-238-9

